

ct

Jar

(Carmen Amaya in memoriam)

de
Manuel Veiga

(fragmento)

(La ficción de esta obra transcurre a fines del mes de noviembre de 1963 en un cobertizo situado entre el chabolismo del Somorrostro barcelonés y el barrio de la Barceloneta. El escenario presenta sacos amontonados, formando desniveles. MARIA aparece en mitad de la escena girando sobre sí misma con los ojos vendados, extiende los brazos en un intento de palpar algo. Es obvio que se trata de un juego. MANUEL la observa con socarronería desde lo alto de unos palets de madera. MARIA cae al suelo.)

MARIA

Ya es suficiente, Manuel. Será mejor que lo dejemos.

MANUEL

¿Te has hecho daño?

MARIA

No, no es eso.

MANUEL

Pues entonces seguimos.

MARIA

No.

MANUEL

Tienes que encontrarme.

MARIA

Mejor lo dejamos.

MANUEL

¿Cómo que lo dejamos?

MARIA

No me gusta este juego, ¿sabes? Nunca me gustó. (Quitándose el pañuelo de los ojos. Se vuelve hacia Manuel, y lo ve en lo alto de los palets) Pero, ¿qué haces arriba? De modo que ahí andabas escondiéndote... Te crees muy listo, ¿eh?... ¿No te da vergüenza? ¡Has hecho trampa! Las reglas del juego no eran esas... (Furiosa.) ¡Eres un *sinlachón*, un *perifulle*, un...!

MANUEL

¡Ea, qué boquita más fina, niña!

MARIA

¡Cállate, *bantojo*!

MANUEL

¡Ay, menuda lengua!

MARIA

Pues la que tengo.

MANUEL

Tan afilada como un *chorí*.

MARIA

(Le tira el pañuelo.): Entonces cuidadito, que pincha.

MANUEL

Bueno, me callo, me callo.

MARIA

Anda, sí, bonito, más guapo estarás.

MANUEL

Pero, ¿por qué te pones así?

MARIA

¿Y me lo preguntas?

MANUEL

¿Qué?

MARIA

Eres un *birberechó* de lo peor.

MANUEL

Eso siempre me lo decías.

MARIA

Pues, mira, sigues siendo un bicho malo.

MANUEL

No te enfurruñes, mujer.

MARIA

¿Cómo te atreves a...?

MANUEL

No te enfurruñes.

MARIA

Oye, *chavó*, las reglas del juego...

MANUEL

Anda, no ladres más.

MARIA

Yo no ladro.

MANUEL

Pues no será que estés sonriendo...

MARIA

(Sentándose en el suelo): Eres más tramposo y más sinvergüenza...

MANUEL

¿Quieres que volvamos a jugar?

MARIA

(Seca): En eso estaba yo pensando.

MANUEL

Así podrías vengarte.

MARIA

No quiero vengarme.

MANUEL

Entonces, ¿me perdonas?

MARIA

Cállate.

MANUEL

(Bebe un trago de vino de una botella, después de una pausa): Chiquilla...

MARIA

¿Qué quieres?

MANUEL

¿Te acuerdas de la primera vez que vinimos aquí?

MARIA

¿Y quién se acuerda ya de eso?

MANUEL

Yo me acuerdo de todo. Nunca se me va a olvidar la cara que pusiste cuando *enramos* aquí por primera vez. Fue el *charrán* de Rafael quien nos descubrió este cobertizo. “Muy cerca del barrio hay un palacio”, nos dijo. Y todos respondimos. “¿Un palacio? Tu estás *majara*, Rafaelico”. Pero él insistía: “Un palacio con un tesoro todito color del oro. ¿No me creéis? Bien, pues allá vamos,

seguidme”. Y seguimos al *charrán*, ya lo creo que sí. Con pasito ligero caminamos Paseo Marítimo abajo hasta que, al fin, llegamos al paraje prometido. “¡Menuda *buñigoñí* de palacio!” protestaste tú con mucho genio. Pero Rafael no dijo una palabra, tan sólo abrió la puerta, rompió uno de los sacos y... ¡Maravilla de las maravillas grandes: el tesoro dorado apareció ante nosotros! *Undibé*, la paja amontonada y el grano semejaba el mismito color del oro. ¡Cristo Santo, qué alboroto! Aquella tarde se convirtió en una fiesta. Y las horas se nos antojaron minutos hasta que nos cayó la noche encima... De pronto, en mitad de la fiesta, oímos unos ruidos extraños. “¿Qué son esos golpes? ¿Habrá alguien ahí?” Y los golpes se oían cada vez más cercanos. “¿No será que los malos *bengues* rondan el cobertizo?... ¿O tal vez el Diablo Cojuelo querrá darnos tormento...?” Nos temblaban las carnes de *trajata*. Pero tú, enfurecida, exclamabas: “¡Déjanos en paz, Diablo Cojuelo! ¡Apártate de nosotros! ¡No nos des zozobra! ¡Déjanos en paz! ¡Vete!”. Y en esto ocurrió una cosa muy simpática: a través de esta ventana apareció la sombra de Salvador “El Pata Palo”. (Ríe.) Ni el Diablo Cojuelo ni los malos *bengues* rondaban el cobertizo. Todo había sido puro miedo. Aquellos golpes eran los pasos de Salvador, el viejo tratante. Unos pasos que, todo hay que decirlo, no semejaban los andares de una gacela. Eran como un trote de caballo. Natural, todo se pega...

MARIA

Pues a ver si también esta tarde se presenta “El Pata Palo” y la volvemos a liar...

MANUEL

(sentándose junto a ella): Ah, pero, ¿aun vive?

MARIA

Aun vive, sí señor.

MANUEL

Pero, si en aquel entonces, él ya era un *pureta* centenario.

MARIA

¿Tú conoces aquello que dice: “Mala hierba nunca muere”?

MANUEL

Sí, lo conozco. Y la mala hierba de Salvador, aquella noche, nos hizo seguir fieles a la tradición: salir a patadas de todas partes.

MARIA

Undibé, “El Pata Palo” nos pilló enseñados.

MANUEL

(Nostálgico): Nos divertíamos mucho, ¿verdad?

MARIA

Psééééé...

MANUEL

¿Acaso no es cierto que juntos nos hemos reído muy a gusto?

MARIA

Me falla la memoria. Se me va el saber.

MANUEL

Mentira. No se te ha podido olvidar.

MARIA

Se me ha olvidado.

MANUEL

(Se acerca, insinuante): ¿Por qué no quieres recordar?

MARIA

(Escapando) ¿Y para qué?

MANUEL

¿Sabes una cosa, María? Te encuentro... No sé, te encuentro un poco rara.

MARIA

Si tú lo dices...

MANUEL

Estás más arisca que un gato.

MARIA

¿Ah, sí?

MANUEL

Será que tienes mal día.

MARIA

Mal día y malos años. No he tenido otra cosa desde que nací.

MANUEL

¿Por qué te empeñas en olvidar los viejos tiempos?

MARIA

Porque hace mucho de eso.

MANUEL

Los recuerdos blancos deben mantenerse almidonados.

MARIA

¿Y los recuerdos negros?

MANUEL

Esos recuerdos debíamos intentar mancharlos con sangre.

MARIA

Intento inútil.

MANUEL

¿Por qué?

MARIA

Porque nunca mueren.

MANUEL

(Se acerca con intención de jugar de nuevo e intenta taparle los ojos con el pañuelo): Entonces mantengamos vivo también el recuerdo blanco de los viejos tiempos. ¡Ea!

MARIA

(Esquiva, quitándose el pañuelo de los ojos al notar que él se acerca demasiado) Pero, ¿qué haces, malfario? (Pausa larga.) ¿Qué recuerdos son los tuyos?

MANUEL

Recuerdos que me devuelven risas de copla, de juegos, de soniquete al compás de bulerías...

MARIA

(Devolviéndole el pañuelo). Y de penas, y de hambre, y de bombas.

MANUEL

La Guerra Civil, otro invento de los *payos*. Aquello poquico tenía que ver con nuestro pueblo. Nosotros nacemos donde quiere Dios. Pero somos gitanos aquí, en Egipto y en la India. ¿O acaso es una yegua la hija de “El Pata Palo” por haber nacido en la cuadra de ahí al lado?

MARIA

Pero, ¿de qué andas *roneando* tú, Manuel? Un tramposo nunca puede ser un gitano *chipén*.

MANUEL

Por los tres clavos de Cristo, ¡qué pesadita estás con la copla del tramposo! *Naquera* otra cosica, mujer... Un tanguillo, por ejemplo. (Da palmas y canturrea a ritmo de tanguillos)

“Un tanguillo, un tanguillo

que cante María

con mucha alegría.

Y un tanguillo.

Un tanguillo, un tanguillo

que cante María

con mucha...”

MARIA

(Haciéndole burla): Brrrrrr...

MANUEL

Hay que ver... ¡Hay que ver lo fea que se te pone la cara cuando te enfadas! Igual que la bruja mala

de un cuento, pero en carne y hueso.

MARIA

(Sonriendo) ¡Qué tonto eres!

MANUEL

Mira... Por lo menos, ahora te he hecho sonreír.

MARIA

Pues muchas gracias, generoso.

MANUEL

Tú, por lo que veo, sigues teniendo muy malas pulgas, ¿eh?

MARIA

Eso depende.

MANUEL

Entonces: ¡chitón! Me callo, *prima*. Más vale ser prudente contigo.

MARIA

(Intentando apoderarse de la botella de vino): Deja ya de *tapiar*. Trae eso para acá.

MANUEL

No me fastidies.

MARIA

Que me des la *mollate*, te digo.

MANUEL

Pero, ¿por qué?

MARIA

Trae.

MANUEL

¿Es que me quieres dejar morir de sed?

MARIA

Lo que no quiero es que te mueras ahogado.

MANUEL

¡Qué cosas dices! Eso es un imposible, niña. No conozco yo ningún ahogado que haya muerto con la garganta seca.

MARIA

¡Déjate ya de guasa, eh!

(MARIA le quita la botella y pasea por la escena buscando un lugar donde esconderla. MANUEL observa a MARIA en silencio.)

MANUEL

Oye, ¿sabes que te sienta muy bien esa falda?

MARIA

Calla, *bulero*.

MANUEL

¡Bonita, que no hay más que verte!

MARIA

¿Te burlas de mí?

MANUEL

Te sienta muy bien. De no ser así no te lo diría.

MARIA

Crecí dentro de esta falda. Supongo que se ha acostumbrado a mis hechuras. Por eso me sienta.

MANUEL

¡Olé!

(MARIA ha escondido la botella de vino. MANUEL baila por bulerías y se acerca a MARIA. Intenta, de nuevo, taparle los ojos con el pañuelo)

MARIA

Pero, ¿qué haces, *chavó*? (Pausa.) Manuel...

MANUEL

¿Qué?

MARIA

Llevo toda la tarde queriéndote preguntar algo...

MANUEL

Pues tú dirás... Pregúntame lo que quieras.

MARIA

¿Por qué se te ha ocurrido venir aquí?

MANUEL

¿Por qué se me ha ocurrido venir aquí?

MARIA

Sí.

MANUEL

¡Buah, menuda pregunta! Pues se me ha ocurrido venir porque... No lo sé, la verdad.

MARIA

No me digas que no lo sabes. Contéstame.

MANUEL

Añoranza, quizá. No quería marcharme del barrio sin visitar nuestro palacio de oro. ¡Y la sorpresa que me he llevado al encontrarte aquí! Después de tantos años...

MARIA

Muchos, muchos años...